



# Crónicas de la esperanza

## "MI CÁRCEL DORADA"

Germán Alfaro  
EP Callao



PERÚ

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos



INSTITUTO NACIONAL PENITENCIARIO  
HUMANIZAR Y DIGNIFICAR PARA RESOCIALIZAR



BICENTENARIO PERÚ 2024

# MI CÁRCEL DORADA

De pronto desperté sorprendido por el brusco freno del autobús interprovincial Z-bus. Me había quedado dormido, estaba algo pensativo por este cambio repentino en mi trabajo, de tanto pensar en ello. Había sido cambiado al penal de Huaral. A partir de ahora, este sería mi nuevo centro laboral y formaría parte de mi trajinar diario.

Mi ruta sería Lima-Huaral, Huaral-Lima. Pero no llegaría, exactamente, a esta ciudad al norte de Lima, sino a un pueblo llamado Aucallama a 20 minutos de Huaral. Nuestro Z-bus nos dejaría en un ramal de autopista camino al pueblo que parte desde la Panamericana Norte, donde tomaríamos un colectivo que nos llevaría pasando por el pueblo hasta la misma prisión, enclavada en los áridos cerros del norte chico. Era este largo recorrido lo que más me preocupaba, tenía que madrugar para llegar a tiempo, me costaba salir de mi burbuja limeña, acostumbrado a la gran ciudad, fría, desordenada y gris.

Tenía que cumplir con este mandato institucional y no buscar un pretexto para no ir. Me decía a mí mismo, "los cambios son buenos, no me dejaré llevar por el pesimismo".

De pronto, pude darme cuenta que estábamos al borde del mar, con una cargada neblina que no podía divisar bien el horizonte, entre el miedo y la admiración por este fenómeno natural y el inmenso mar azul, me distraía, alejando de mi la pena de dejar mi ciudadano lugar.

Llegamos al penal, pero antes pasamos por una hermosa campiña llena de verdor que antecedían al pueblo; esta se veía apacible y tranquila, podía respirar paz,

todo estaba ahí y giraba alrededor de la plaza: la iglesia, la comisaria, el colegio y la posta médica. La cárcel del pueblo no podía faltar, estaba a minutos de él, era el típico pueblito costeño.

Finalmente llegamos al Establecimiento Penitenciario de Huaral, ubicado en las faldas de áridos y arenosos cerros que parecían petrificados en el tiempo cual pintados de color marrón, se mostraban afanosos a los ojos de quienes lo visitaban por primera vez.

Al ingresar al recinto carcelario, pude sentir ese ambiente provinciano de tranquilidad que rodeaba a la prisión, jardines de rosas y margaritas antecedian su entrada, todas escrupulosamente cuidadas por José, el jardinero de la prisión-un interno escogido especialmente para esta misión-, asimismo, la antesala a la dirección estaba arreglada con muebles y cuadros al estilo de una casa hacienda. El comedor tenía mesas decoradas con clásicos manteles a cuadros color rojo y sillas de madera pintadas de color verde. En la cocina, el cocinero, y sus ayudantes, hacían el almuerzo para presos y el personal, todo en un agradable ambiente, incluso podía oler esa sopa serrana que despertaba nuestro apetito, al cual sucumbíamos en él como comensales en una animada tertulia.

Kim, el hermoso perro mestizo, de color negro, nos recibía con ladridos que luego fueron acercamientos cariñosos y siempre moviendo la cola al vernos entrar. Los gatos, de hermosos ojos y bellos colores, nos maullaban al vernos en el comedor seguramente para compartir con ellos algún trocito de carne. Realmente esto me hacía sentir que no estaba en una prisión.

Las escaleras al segundo piso, donde están las oficinas de la administración del penal, tienen una terraza rectangular con pisos de ocre rojizo que fungía de mirador, donde se podía ver el valle hermoso de Huaral, con el fondo azul del mar y el celeste cielo del firmamento que le daban un toque de pintura al mismo estilo de Van Gogh.

En nuestro recorrido pudimos encontrarnos con la imagen de la Virgen de las Mercedes, "patrona de los reclusos", ubicada en el jardín interior de la prisión. Un camino de florecillas nos guía hasta su encuentro si deseamos orar.

Nuestra área de psicología tiene un amplio e iluminado local, donde la luz solar de la mañana y tarde, se filtra por las ventanas para dar vida a nuestro ambiente.

Era la contrapuesta de los espacios tugurizados de su homólogo en la gran ciudad, donde los locales están reducidos, para ganar espacios. Además de estar ubicada en el mejor lugar de la prisión, estaba rodeada de un área verde donde un árbol de limón da frutos que nos deleita cuando hacemos un alto a nuestro trabajo.

Con el transcurrir de los días, seguía sorprendido con este cambio, los pabellones del penal estaban muy bien cuidados, la fachada de cada uno de ellos, con lemas para reflexionar.

Todos ellos contaban con un jardín de flores a la entrada, otros tenían hasta una fuente de agua. Era realmente motivador. Tal parece que ya me había acostumbrado casi al instante a todo este cambio tan agradable que empecé a valorar y querer mi nuevo centro laboral. Colegas y compañeros de trabajo formamos un gran equipo, en el Programa de Intervención

Multidisciplinaria, donde cada uno desde su especialidad, aportamos con nuestro trabajo a la rehabilitación de las personas privadas de su libertad, sin juzgar, sin discriminar, sobre todo con una alta sensibilidad humana.

Recordar a cada uno de ellos en su diaria labor, es realmente halagador, mencionar por ejemplo a Lucio, un psicólogo sobrio y honesto en su trabajo, que nos ofrece confianza, y sincera amistad, y sobre todo nos daba grandes lecciones de vida, toda mi admiración.

Carmencita, risueña, y cariñosa, mostraba su afecto y delicadeza para con nosotros. El compromiso con su trabajo y la institución es muy notorio, felicidades Carmencita.

Víctor, nuestro amigo, y compañero, era ya parte de este recinto carcelario, por los años que lleva trabajando en este lugar, siempre atento e identificado con la institución.

Mónica, expresiva y locuaz, cuidadosa en sus actividades diarias, nos presentaba sus éxitos con ruidosa emoción, generosa cuando de compartir se trata. Bien Mónica, continua con esa actitud vivaz.

Zelinda la coordinadora del área, dedicada a su función, y al estilo de la dama de hierro, nos recomendaba siempre a estar alertas en nuestra labor.

Papá Fred, con una férrea voluntad, se sometía a ejercicios matutinos antes de iniciar su jornada laboral, y su estricto régimen alimenticio era lograr los beneficios que tanto deseamos para mejorar nuestra salud. Ojalá pudiera tener esa voluntad para someterme a esa estricta disciplina

Cecilia y Milagros, las trabajadoras sociales, cariñosamente las llamaba las chicas de oro, por su agradable compañía, eran

el complemento importante en nuestro trabajo multidisciplinario.

No podía olvidar a Martina la profesora, mi fans número uno, esperando con expectativa que escribiese una nueva crónica, estoy seguro que disfrutará al leerla, mi afecto a Martina . Ellos eran mis compañeros con quienes trabajé formando un grupo de profesionales comprometidos con su trabajo. Su presencia hacia aún más agradable mi estancia.

Asimismo, los internos ya nos conocían a cada uno de nosotros, y pude darme cuenta que se amoldaban a nuestro estilo laboral, sabían que es lo que esperábamos de ellos, "el compromiso total en sus obligaciones de tratamiento penitenciario".

Contábamos con el apoyo de internos coordinadores, como buenos líderes de su pabellón, nos apoyaban convocando a sus compañeros y poniendo orden cuando se congregaban en terapias grupales, recomendando a su buen comportamiento y respeto frente a los profesionales. Siempre admire en ellos ese respeto único que nos tenían, sometién dose al tratamiento psicológico, haciéndonos halagos que no sé si nos lo merecíamos.

Los lunes eran días particularmente especiales. Se formaba para rendir homenaje a nuestros símbolos patrios en un desfile impecable del personal de seguridad.

Mas interesante aún era ingresar a los pabellones representando a las autoridades del penal para contemplar a los presos dando el saludo a la bandera, cantando el himno nacional, vestidos con uniformes impecables, marchaban al compás de la banda musical del programa "Orquestando", con gallardía y pundonor, podíamos confundirnos con personal militar por su pulcritud e impecable marcha.

Para terminar este apoteósico desfile, los internos nos despedían con un tema musical que me hacían vibrar de emoción.

El viaje hasta Huaral era largo, pero entretenido porque podía disfrutar del panorama paisajístico de la costa peruana, ver el mar, donde mi vista se pierde en lo profundo o en la espesa y temible niebla que nos amenazaba constantemente, me pone en alerta y al mismo tiempo me relaja.

De regreso a casa, podíamos contemplar la bella y espectacular campiña huaralina, sembríos de fresas, manzanas y flores multicolores, adornaban este ambiente verde. Este era mi nuevo centro laboral, motivador, con aires de calor familiar, que más que una cárcel, parecía una casa de campo. Aquí me sentía útil y realizado, sirviendo a los más necesitados, "los presos", a quienes la sociedad los excluye por los delitos cometidos, y a veces tan difícil aceptarlos nuevamente.

Mi trabajo como psicólogo en prisión me agrada y satisface, me preocupaba por estar bien presentado, e iba con mi mejor traje. Este lugar es importante para mí, aquí está la fiesta en cada una de mis actividades como psicólogo, les decía a mis colegas e internos cuando me preguntaban "Doctor, dónde es la fiesta que va bien vestido".

Este era el costo de venir de la gran ciudad a la lejana provincia, prefería esto, mil veces a estar en un lugar de ambientes y espacios reducidos, donde solo vemos bosques de cemento lleno de fierros móviles turgurizando la ciudad.

Alguien me dijo "Qué de bueno ves en esta lejana y provinciana cárcel", todo está en los ojos de quien los mira, y de la actitud

positiva que tiene frente a la vida. Mis ojos me dicen que estoy en un lugar privilegiado, miran solo el lado bueno de las cosas, y me dicen que estoy en mi "cárcel dorada".

El día de mi partida solo dije hasta luego, volveré si Dios me da vida, volveré al lugar donde el sol brilla en el inmenso mar, y el aire es puro en su valle hermoso. Allá está mi "cárcel dorada", allí me quedaré trabajando hasta el fin de mis días de labor.

## **Sobre el autor**

Germán Alfaro Gutiérrez, nació el 6 de noviembre del año 1959 en la ciudad de Andahuaylas, en el departamento de Apurímac.

Es licenciado en psicología por la Universidad Inca Garcilaso de la Vega y magister en psicología, en la especialidad de terapia familiar sistémica por la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, España. Becario por el Instituto Español de Cooperación Iberoamericana para realizar estudios de magister en psicología en Madrid - España.

Estudió el idioma francés en el Centro Cultural Georges Pompidou en París Francia, además de hablar el quechua. Ingresó al INPE como psicólogo asistencial el 01 de diciembre del año 1996 con la promoción "Bodas de Cana".

Desempeñó la jefatura del área de psicología en los penales Miguel Castro y Lurigancho. Laboró en todos los establecimientos penitenciarios, transitorios y de los Medios Libre de Lima Metropolitana. Participó en el concurso "Letras Vividas" con la crónica "El Diván en el EP. Miguel Castro" editado en julio del 2010.

Actualmente trabaja como psicólogo asistencial en el EP Callao. Tiene su gabinete privado de atención psicológica. En su tiempo libre se dedica a escribir y viajar por el mundo.